



AÑO I

← BARCELONA 4 DE JUNIO DE 1882 →

NUM. 23

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL BIBLIOFILO, copia de un cuadro de Fortuny

## SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por J. R. y R.—NUESTROS GRABADOS.—¡FATALIDAD! *Novela original*, (continuación), por D. Florencio Moreno Godino.—LOS MUEBLES EN LA EDAD ANTIGUA (conclusión), por don Francisco Giner de los Rios.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.

GRABADOS.—EL BIBLIÓFILO, copia de un cuadro de Fortuny.—UNA ROMERÍA EN LA EDAD MEDIA, copia de un cuadro de A. Maure.—HOMBRE DE ARMAS DE OTROS TIEMPOS, copia de una acuarela de Pradilla.—JARRON DE BRONCE, construido por D. Francisco de P. Isaura.—EL DESAFIO, copia de un cuadro de S. Waller.—LOS TIRADORES DEL SENA, copia de un cuadro de Berne-Bellecourt.—LÁMINA SUELTA.—LOS CRUZADOS ANTE JERUSALEN, dibujo de C. Kaulbach.

## LA SEMANA EN EL CARTEL

Se diría que el calor es el primer enemigo del teatro. Nada ni nadie resiste a la influencia de la temperatura estival: los principales teatros cierran sus puertas, los más celebrados artistas se retiran a descansar de sus fatigas, los autores suspenden la presentación de sus obras, y el público acude al Circo de caballos ó al teatro veraniego en demanda de espectáculos ligeros que solacen su espíritu sin fatigar su atención. Al culto de la belleza sucede en esta temporada del año el culto de lo bonito; a los manjares sólidos, el sorbete y la horchata.

El mérito indiscutible del pianista Tragó y del violinista Arbós ha recibido la más lisonjera sanción del público barcelonés, no tan numeroso como era de desear. Pero los aplausos atronadores resonaron con mucha frecuencia ante la ejecución portentosa, la agilidad y la limpieza del primero, y el sentimiento al par que la maestría con que tocó el segundo, que empieza su carrera por donde muchos la concluyen.

En Madrid la compañía italiana ha hecho oír en el Teatro del Príncipe Alfonso la opereta bufa de Strauss *L'orgia*. La pobreza y pesadez del argumento contrasta con la elegancia de una sarta de walses afligidos, como todas las composiciones análogas del popular maestro vienés.—En el Teatro Apolo se ha estrenado una comedia en un acto de D. Manuel Valcárcel, titulada *El ojo*. Su autor fué llamado dos veces a la escena.

La musa española no ha dado más de sí, durante la presente semana.

En el Verme de Milan se ha puesto el baile histórico *Hector Fieramosca*, con música del maestro Bernardi. Ni el aparato escénico, ni los trajes son dignos de alabanza; pero sí la música y los bailarines, algunos de los cuales tuvieron que repetirse.

En el *Commenda* de la propia ciudad se ha estrenado un arreglo de la novela de Montepin, *Piacre número 13*, que contiene la friolera de nueve actos interminables y repletos de situaciones estupendas.

Y fuera de esto, que es bien poco, no ha dado más de sí la musa italiana.

Wagner ha publicado una nueva carta a propósito del próximo estreno de *Parsifal*. Confiesa buenamente que su nueva creación no saldrá del recinto del teatro de Bayreuth, porque su estilo se separa radicalmente de todas las obras hasta aquí conocidas, y se congratula de contar para su interpretación con tan gran número de artistas, pues esto será causa de emulación y enseñanza mutua, y echará los cimientos de la escuela del porvenir.—Estamos prevenidos para dar a conocer a nuestros lectores el éxito de una producción que de tan extraña manera se anuncia.

Prepárase una gran festival en Hamburgo: hasta ahora se han inscrito 8,630 coristas para tomar parte en ella: una verdadera división de soldados del arte.

Contrasta con la intransigencia patriótica de los franceses, la tolerancia de los alemanes en admitir las obras de sus rivales. Hace notar un periódico que el día 24 de mayo se representaron en cinco teatros de Berlín producciones de autores franceses. En la *Real Opera* se puso *Le lac des Fées*, de Auber; en *Luisen Stattsches*, *Frá Diavolo*; en el Teatro Nacional, *Fromont jeune y Risler aíné*; en el Teatro Guillermo, *La pierre de touche*, de Augier, y en *Residenz Theater*, *Odette*, de Sardou.

La animación que reina en los teatros de Londres contrasta con el marasmo que se observa con el resto de Europa. Prescindamos de la decantada compañía alemana de Neumann, que funciona en *Her Majesty*: sobre ella pesa actualmente la mayor calamidad que puede experimentar en Inglaterra: el fastidio, el aburrimiento, el spleen, para usar la verdadera palabra. El público no va ya ni a tres tirones al desgraciado teatro, y de nada ha servido la gran rebaja de precios que ha introducido la empresa con objeto de facilitar la audición de la tetralogía de Wagner.

En cambio en *Drury Lane*, *Lohengrin* ha producido fanatismo, *Der fliegende Holländer* ha gustado mucho, y los filarmónicos esperan con ansiedad la representación de *Fidelio*, de Beethoven, el rey de la armonía. La compañía de Pollini lleva una inmensa ventaja sobre la de Neumann: cuenta con un excelente cuadro de artistas y una *mise en scene* irreprochable; los sopranos Sucher y Malten reúnen a una voz encantadora exquisitas condiciones artísticas, y en cuanto al tenor Winkelmann, es reputado como uno de los primeros, sino el primero de Alemania.

Si Mr. Gye, el espléndido empresario de *Covent Gar-*

*den*, pudiera contar con él, no pasaría tantos apuros. En cambio resarce al público de esta falta de tenores con un verdadero lujo de notabilidades femeninas. En nuestra pasada revista hablamos de la aparición de la Patti, a quien ha sucedido la Lucca, que ha debutado con *Carmen* de Bizet. Convaleciente de una larga y molesta enfermedad la célebre diva está sumamente desmejorada; pero afortunadamente su voz se conserva incólume y brillante como siempre. Casi es inútil decir que el público le tributó una ovación entusiasta.

Próximamente debutará la Nilsson con *Mefistófeles*, la celebrada ópera de Arrigo Boyto, estrenándose luégo la *Vellada*, cuyas partes principales están confiadas a la Patti y Nicolini.

En los principales salones de aquella capital se suceden los conciertos. Ausentes apenas el pianista Oscar Beringer y la no menos célebre Sofia Menter, Mr. Granz ha inaugurado los suyos, haciendo oír la sinfonía de la *Divina Comedia* de Liszt, complicada pieza que ha excitado la curiosidad de los inteligentes más que el aplauso del público.—En la *Sala Beethoven* ha lucido sus grandes dotes la cantatriz rusa Eugenia Papritz.

Sin hablar de otros acontecimientos que harían interminable esta revista, puede afirmarse que Londres, durante la estación de primavera, es el primer centro artístico del mundo. Como si algo faltara a provocar un desbordamiento, Sarah Bernhardt ha inaugurado con *Adriana Lecouvreur* sus representaciones y sus triunfos en *Gaiety Theatre*. Y a propósito de Sarah Bernhardt, al reseñar la representación única dada por la eminente actriz en el Teatro de la Gaité de París a beneficio de la viuda del pintor Cheret, omitimos involuntariamente un detalle importante. La función produjo la enorme cifra de sesenta mil francos. Sólo una actriz como la Bernhardt puede realizar estos milagros.

Ni un mal estreno ha tenido lugar en París en el curso de la presente semana teatral. Sólo en los salones de Mr. Detroyat se ha dado una audición particular de una ópera de corte italiano de M. Th. Dubois, inspirada en un asunto español, como que se titula *Aben-Hamet*. Los periódicos musicales hacen grandes elogios de esta partitura.

En los conciertos del Trocadero se ha hecho aplaudir al concertista Sivari, que ejecuta sus piezas en el mismo violín que usaba el gran Paganini.—En el *Salon Herz* ha causado agradable sorpresa la aparición de una hermosa y joven española, la señorita Massanet, enviada a París para perfeccionar y completar su educación musical.

Una de las mejores actrices de la *Comedia francesa*, Mlle. Croizette, restablecida de una penosa enfermedad se retira definitivamente de la escena, dejando un vacío difícil de llenar.

Octavio Feuillet ha entregado al director del *Ginnasio* un drama en cinco actos titulado *Un Roman parisien*.

En el Teatro de Belgrado la representación de *Rabagas* de Sardou produjo un gran alboroto. En el diálogo entre el príncipe y Miss Eva, en que aquel califica al pueblo de canalla, todo el público prorumpió en silbidos y grandes voces. La policía intentó detener a algunos alborotadores y fué recibida a los gritos de: ¡Abajo la policía! El tumulto no se apaciguó hasta el momento de anunciarse que la representación se suspendía.

Nada tan peligroso como traer la política a las tablas.

Linde, uno de los más distinguidos actores norteamericanos, quizás el mejor intérprete de Shakespeare, está gravemente enfermo de un reblandecimiento de la médula, fruto del estudio porfiado que venía haciendo del príncipe de los poetas ingleses. ¡Compadezcamos a ese mártir del arte!

Ahí va *le mot de la fin*, como dicen los franceses: Se trata de una joven actriz española que aparece por primera vez en las tablas, y que, después de pronunciar las más vehementes tiradas de redondillas, se queda tan fresca paseando sus indiferentes miradas por los espectadores.

—¿Qué te parece? pregunta uno de ellos a su vecino.  
—Perfectamente: es una buena chica, porque aunque se incomoda, no guarda rencor.

J. R. R.

## NUESTROS GRABADOS

EL BIBLIÓFILO, por Fortuny

Del malogrado pintor reusense pudiéramos decir lo que de Bellini se dice; que si la muerte fué cruel con uno y otro arrebatándose en edad temprana, no se dió tanta prisa que les impidiese dejar obras de arte bastantes y sobradas para su inmortalidad. Entre ellas el cuadro que hoy reproducimos ocupa un lugar distinguido en la que pudiéramos titular Galería Fortuny. ¡Qué corrección de dibujo! ¡Qué naturalidad en las actitudes! ¡Cuánta verdad en la expresión de la figura principal! ¡Qué conjunto tan armonioso y qué detalles tan bien entendidos! Fortuny es, para gloria de España, uno de los primeros pintores del mundo. La *Ilustración artística* se siente satisfecha cuando puede trasladar a sus páginas una obra de esa importancia, por más que conocer a Fortuny sin la magia de su color, es casi casi juzgar a la

naturaleza por la impresión que nos causa vista de noche.

UNA ROMERÍA EN LA EDAD MEDIA,  
por A. Maure

Los pueblos tienen una singular tendencia a involucrar costumbres esencialmente profanas en muchas de sus prácticas religiosas. Egipto, Grecia, Roma aprovechaban la ocasión de las grandes fiestas de sus templos para recrearse el cuerpo y espaciar el ánimo. Lo mismo ocurre en las que llamamos fiestas mayores de nuestros tiempos, en que, terminada la ceremonia en la iglesia, empieza el banquete y se dispone el baile. Pues otro tanto ocurría en la Edad media. La fe que inspiraba y aún inspira las romerías a famosos santuarios, no excluía el regocijo, y gallardos mancebos, formando vistosa pareja con garridas muchachas, se entregaban al divertimento de la danza, que es la diversión más querida y popular entre gente moza. Nuestro grabado da una perfecta idea de esas costumbres, en que se solaza principalmente la gente de condición humilde, vestida con su traje de cristiano y dispuesta a probar que si el órgano del santuario pone involuntariamente la oración en los labios, la copla de los profanos hace bajar irresistiblemente el más sensato juicio a los pies de los danzantes.

HOMBRE DE ARMAS DE OTROS TIEMPOS,  
copia de una acuarela de Pradilla

El ilustre autor de *Juana la Loca* y la *Conquista de Granada* nos ha favorecido con el dibujo de ese título. A la simple vista de ese veterano se comprende la ruda existencia de esos hombres nacidos para la guerra, encadenados bajo el pesado casco, y tan unidos a su armadura como las momias egipcias a los vendajes que oprimen sus repugnantes carnes. Es un dibujo a la altura de la reputación de su autor, y la *Ilustración artística* se felicita de ser la primera en publicar un trabajo de tal valía.

JARRON DE BRONCE,  
construido por D. Francisco de P. Isaura

El magnífico jarrón que figura en la página 183 es una obra que honra la manufactura de bronce y metal blanco que D. Francisco Isaura tiene establecida en Barcelona, de la que procede.

Este jarrón mide un metro de altura, es de bronce oxidado con toques dorados, de forma por demás esbelta y en extremo elegante: el motivo de decoración que forman los mascarones ó cabezas de león es severo y de muy buen efecto.

Adquirida esta obra de arte por el Excmo. Ayuntamiento de esta capital con destino a la M. I. Junta de damas, figuró en la Tómbola recientemente organizada en favor del benéfico asilo que aquella sostiene.

EL DESAFIO, por S. E. Waller

El tema de este cuadro, presentado de un modo por demás original y nuevo, ha permitido a su autor ofrecernos un bonito estudio de los dos caballos de los contendientes. Es una hermosa composición en la que palpita dramático interés, y en la que la figura del fiel criado traduce el sentimiento de ansiedad que embarga el ánimo de un espectador interesado; y es además un magnífico contraste de efectos en el que campea la genialidad poderosa de Samuel Ed. Waller.

Nuestros lectores recordarán otro grabado, reproducción de un cuadro del mismo autor, que figura en la pág. 72 de nuestra *Ilustración* y que no es menos recomendable.

LOS TIRADORES DEL SENA  
copia de un cuadro de Berne-Bellecourt

La pintura militar francesa, a cuyo frente figuran artistas de la talla de Meissonier, Neuville y Detaille, ha producido, a contar de la guerra de 1870-71, una serie de obras, en las que si alienta el fuego de un acendrado patriotismo, no es ménos cierto que alienta también al arte en toda su grandeza.

El cuadro, cuya reproducción hoy ofrecemos, merece ser considerado entre ese género de obras. Representa una línea de tiradores en fuego, oculta detrás de la maleza, y no puede darse escena más verdadera ni más animada que la que ofrecen los combatientes colocados en las más variadas actitudes y envueltos en el humo de las descargas. Es en realidad un episodio del terrible drama de la guerra, desarrollado en un hermoso paisaje, cuya perspectiva no es ménos digna de ser admirada.

Firma esta obra Mr. Berne-Bellecourt, pintor ventajosamente conocido por su talento artístico y su espíritu observador para tratar este género de asuntos.

LOS CRUZADOS ANTE JERUSALEN,  
por Kaulbach

Al grito de *¡Dios lo quiere!*, proferido por un ermitaño, la Europa se lanzó sobre el Asia para rescatar del poder de los infieles el Santo Sepulcro del Redentor. Caudillos esforzados y soldados que resistieron a los hombres y a los elementos, se dirigieron a la conquista del más inapreciable tesoro, y calcúlese cuál debía ser su emoción a la vista de la ciudad deicida. Antes del asalto organizaron una procesion, y esta es la escena representada por el ilustre pintor alemán.

¡FATALIDAD!

Novela original

POR FLORENCIO MORENO GODINO

(Continuación)

PARTE PRIMERA

Sevilla 11 de mayo

Eugenia mía: eres irresistible; pensaba reñirte por el retraso con que contestas á mis cartas; pero al leer tu última me has desarmado y no puedo menos de mandarte un beso. Tiemblo por tu novio, cuando le tengas, porque si le escribes vas á trastornarle el juicio. ¿Con qué, por causa de nuestra larga separación, me quieres más que cuando estábamos en el colegio? ¡Zalamerilla! Con frases semejantes me engañabas y hacia siempre tu voluntad. Por otra parte, no puedo menos de ser indulgente contigo; pues me hago cargo de lo que es la vida de Madrid. Te acuestas á las mil y quinientas y por consecuencia te levantas á las dos mil. Tienes que vestirte tres veces al día, recibir por la mañana, pasear por la tarde, ir al teatro por la noche, y estas graves ocupaciones, unidas á otros acontecimientos imprevistos, absorben por completo tu tiempo y no puedes ocuparte con gran asiduidad de la pobre provinciana.

Me dices que te hable de mi vida: mi vida es la de siempre y se resume en estas palabras: monotonía y tranquilidad. Mi hermoso patio de nuestra casa de la calle de Colon, que acabo de enriquecer con un soberbio cactus y dos plátanos gigantescos; mi tío casi ciego, que me hace lea el Quijote; mi tía, que algunas noches, despues de rezar el rosario, me lleva á la tertulia de la Marquesa de la G...; por la tarde unas cuantas vueltas en coche por la orilla del río, y... nada más. A propósito, me dices que las tertulias en provincia son peligrosas para el corazón: el mío no corre ningun riesgo; mi estancia en Madrid, y tus melindres respecto al modo de considerar á los hombres, me han hecho á mi vez muy exigente: soy algo novelesca, pero poco impresionable; sólo un espíritu sério en un corazón jóven, podrian fijar mi elección, y como estas cualidades son raras, estoy por ahora perfectamente segura.

Algunas veces recuerdo nuestras conversaciones de colegio: ¡Quién será la primera! decias. Seguramente tú, Eugenia mía, á pesar de que tienes más armas defensivas. En el tráfigo de esa vida elegante y agitada, no hay tiempo de pensar y no puedes entregarte á las vagas meditaciones que suelen asaltarme en mis frecuentes ratos de soledad.

Mi tío se recoge temprano, y las noches que no vamos á casa de la Marquesa, mi tía dormita, y yo, meciéndome en mi silla, me paso dos ó tres horas en el patio de casa.

Pues bien; ¿quieres que te lo confiese? estas horas son las verdaderamente peligrosas: el aroma de las plantas que me rodean, me turba; el ruido de la fuente que hay en mi patio, se me figura el de una voz que cuchichea palabras extrañas. Además, á veces se oyen serenatas lejanas... y siento... no sé... es como el bosquejo de un sueño, una cosa impalpable que flota en el espacio, un movimiento en el corazón, y... no te rias, lágrimas en mis mejillas.

Llega la hora, me acuesto, rezo, duermo toda la noche, y por la mañana abro mi balcon cantando, y algunos días, aunque no lo mereces, pensando en tí.

Adios; recibe el beso que te he mandado al principio de mi carta.

BLANCA.

Sevilla 20 de mayo.

Eugenia mía: temo y deseo escribirte; lo primero, porque vas á burlarte de mí; lo segundo, porque, como en esta vida de provincia cualquiera cosa es un acontecimiento, tengo necesidad de hablarte de uno.

Anteayer..., estoy inquieta porque indudablemente fué un día casi extraordinario, en que me sucedieron cosas inusitadas. En primer lugar, me desperté, sin saber por qué, mucho más temprano, de suerte que cuando abrí el balcon aún el sol no habia salido. Además, mi canario, que es un perezoso, que nunca canta hasta bien entrado el día, mientras yo me vestía, trinaba ya desafortadamente: esto me chocó mucho y me parecía como que cantaba en mi corazón. A las nueve, mi tía y yo, fuimos como de costumbre á misa á la Catedral, que, como sabes, está cerca, y allí... si te rias no te querré... Además, bien considerado, allí no me sucedió nada de particular.

Esto te parecerá algo oscuro; á mí tambien; pero, en fin, me explicaré como pueda.

Cuando estuviste en Sevilla, admiraste mucho

una imagen de la Virgen de la Concepcion, que hay en una capillita de la Catedral. Mi tía es especialmente devota de esta preciosa efigie, obra de Montañes, y yo no me canso de contemplar aquel divino semblante lleno de una dulzura y de una majestad indecibles. Pues bien, despues de la misa, fuimos, como todos los días, á rezar ante esta imagen. Yo, terminadas mis oraciones, me senté en el suelo, esperando que acabara mi tía las suyas, cuando hé aquí que veo aproximarse á la capilla dos personas que desde luégo fijaron mi atención.

Antes de continuar te ruego que me perdones; pues demasiado se me alcanza que en aquel sitio no debí reparar tanto en ciertas cosas.

Las dos personas que se acercaron eran una anciana que andaba con suma lentitud y un jóven, en cuyo brazo se apoyaba. Tenía aquella los cabellos blancos, y en su rostro noble y expresivo, no obstante su avanzada edad, se marcaban las huellas de recientes padecimientos. En cuanto al jóven, sólo podré decirte que no he hallado un semblante más simpático ni una figura más agradable y distinguida. Debían ser madre é hijo; en primer lugar, por el parecido que en ambos se observaba, y luégo porque los cuidados del amor filial no pueden confundirse con ningunos otros.

Despues de ayudar á sentar á la anciana en el suelo (ya sabes que en la Catedral no hay bancos), el jóven permaneció en pié detrás de aquella.

Yo le observé de reojo y te aseguro que lo que más me llamó la atención en él, fué su aire grave y el sello de melancolía impreso en su semblante. De seguro ese jóven debe estar muy triste, ó quizá enfermo; pues está casi tan pálido como la anciana á quien acompaña.

Salimos de la Catedral dejándolos en ella, y no puedo menos de confesarte que en el resto del día pensé con cierta insistencia en estas dos personas completamente desconocidas para mí. ¿Quién es esa señora de tan noble aspecto; cómo no he visto nunca en ninguna parte á ese jóven tan distinguido; de qué causa proviene la tristeza que he creído notar en él; cómo se llama? Yo, á falta de otro, ya le he puesto un nombre, que se me ocurrió la otra noche leyendo el Quijote á mi tío.

En este libro se refiere que cuando Amadis de Gaula, á consecuencia de los desdenes de su dama, se retiró al campo á hacer penitencia y atormentarse, tomó el nombre de Beltenebros, que quiere decir bello tenebroso; por tanto, el desconocido de la Catedral se llamará así por ahora.

Pues bien; á la mañana siguiente ví tambien en la Catedral á Beltenebros y á la señora á quien acompaña, y ya hace seis días que se repite este encuentro. Deben ser ricos y vivir léjos; pues ántes de ayer, que salieron de la Catedral casi al mismo tiempo que nosotras, les ví subir á una elegante berlina y marcharse por la calle de Génova.

Tengo grandes deseos de saber quiénes son: no te rias, pues es sólo mera curiosidad. ¿Qué otra cosa habia de ser? Beltenebros apenas me mira.—

BLANCA.

Sevilla 2 de junio

Eugenia mía: eres una maliciosa de primer orden, lo cual no impide que en algunas cosas tengas razón. Es verdad, Beltenebros, como hemos dado en llamarle, me interesa cada día más, á lo cual contribuye, sin duda, nuestra semejanza de destinos. El acompaña á una anciana, yo á otra; oímos misa en el mismo templo, rezamos á la misma Virgen.... A propósito, estoy muy contenta, ¿porqué he de ocultártelo? Beltenebros ha salido de su habitual reserva, y aunque lo que voy á contarte puede ser solamente un acto de cortesía, tambien pudiera ser... otra cosa.

Ayer mi tía y yo rezábamos ante la capillita de la Virgen. Beltenebros y su madre (ya sé que lo es) estaban detrás de nosotras. Terminadas nuestras oraciones y cuando íbamos á marcharnos, yo metí la mano en mi bolsillo para sacar la ofrenda diaria que depositamos en el cepillo del altar; pero por más que registré no hallé moneda alguna: se me habia olvidado. Juzga, pues, de mi sorpresa y confusión, cuando ví á Beltenebros, que inclinándose con un ademán lleno de gracia, me dijo:

—Señorita, he creído notar que habia olvidado usted el dinero. Voy, pues, á depositar en el cepillo de la Virgen la ofrenda de los cuatro.

Y echó una moneda de plata.

Yo estaba tan turbada, que apenas acerté á darle las gracias.

Salí del templo, y el resto del día canté, reí, medité, incurrí en mil equivocaciones leyendo el Quijote: en fin, fuí algo loquilla. Pero soy feliz y te envío un beso estrepiitoso.—BLANCA.

Sevilla 10 de junio

Eugenia de mi alma: estoy muy triste, tanto, que, estos días, ni ganas he tenido de escribirte. Mi novela, como tú dices, ha terminado, y de un modo tan brusco, que me ha causado doble impresion. Despues de un día de alegría, de esperanza, de castillos en el aire, y sobre todo, de impaciencia por volver á la Catedral; á la mañana siguiente á aquella en que sucedió lo que te referí en mi última carta, y cuando esperaba verle, no le ví... no he vuelto á verle más: él y su madre han desaparecido.

El primer día esto me contrarió mucho, pero como no tenia nada de particular, aguardé al siguiente, y luégo al otro y al otro, y así han pasado ocho, sin que hayan vuelto á la Catedral. Esto es muy cruel, porque al cabo yo no tengo la culpa si ese jóven me interesaba. Ya me pesa haberle conocido. Antes vivia tranquila y era feliz, mientras que ahora me falta algo y siento una opresión, una cosa que no acierto á explicarte. He pensado en si estaria malo ó tal vez su madre, y tambien en que podrian haberse ausentado de Sevilla, pero de todos modos su conducta no parece regular. Me mira algunas veces, me habla por un motivo que parece un pretexto, y cuando yo me iba acostumbrando á verle todos los días, desaparece. Creo que tengo razon para estar incomodada con él, porque al fin y al cabo él ha debido notar que me interesaba; mis ojos, á pesar mio, deben habérselo dicho algunas veces. ¡Está malo! convenido; pero bien pudiera buscar algun medio de que se supiera. ¡Ha tenido que ausentarse!; la necesidad no sería tan urgente. ¡Está enferma su madre; él podia separarse un momento de ella y venir....

Perdóname estas tonterías: estoy medio loca. Suponiendo que podrian haber variado de hora para ir á misa, yo, buscando mil pretextos, he hecho que fuésemos á distintas. Es más; alegando una promesa, he permanecido un día en la Catedral, acompañada de mi doncella; desde que se abrió hasta que se cerró el templo. Y todo en vano: ya se ve, los hombres son así; ¿qué supone para ellos una mujer? Ese jóven dirá: habia allí una que me miraba, y... no se acordará de mí.

Esto es insoportable. Y luégo tengo que sufrir en silencio, porque ¿con quién he de desahogar mi corazón? Mi tía acaso me riñese: mi tío se reiria de mí. ¡Ah! ¡si tú estuvieras á mi lado! sé que al principio te burlarías, pero acabarías por consolarme ó llorar conmigo.

Me fastidia salir de casa, y como mi tía la mayor parte de las veces sólo sale por darme mi gusto, hace ya días que no vamos á ninguna parte.

Eugenia, haz porque no te guste ningun hombre.

BLANCA

Sevilla 20 de setiembre

Eugenia, Eugenia mía: estoy casi contenta y ya no te aburriré con el melancólico tono de mis cartas. Te he dicho que me habia consolado, que no me acordaba de él; pues bien, he mentido, en estos largos y mortales meses que han pasado desde la última vez que le ví en la Catedral, he sufrido mucho, porque sufrir es no tener gusto para nada, desear estar sola siempre, no dormir de un tiron toda la noche, llorar sin saber por qué, y otras cosas que omito. Ahora me pasa poco más ó menos lo mismo, pero de distinto modo.

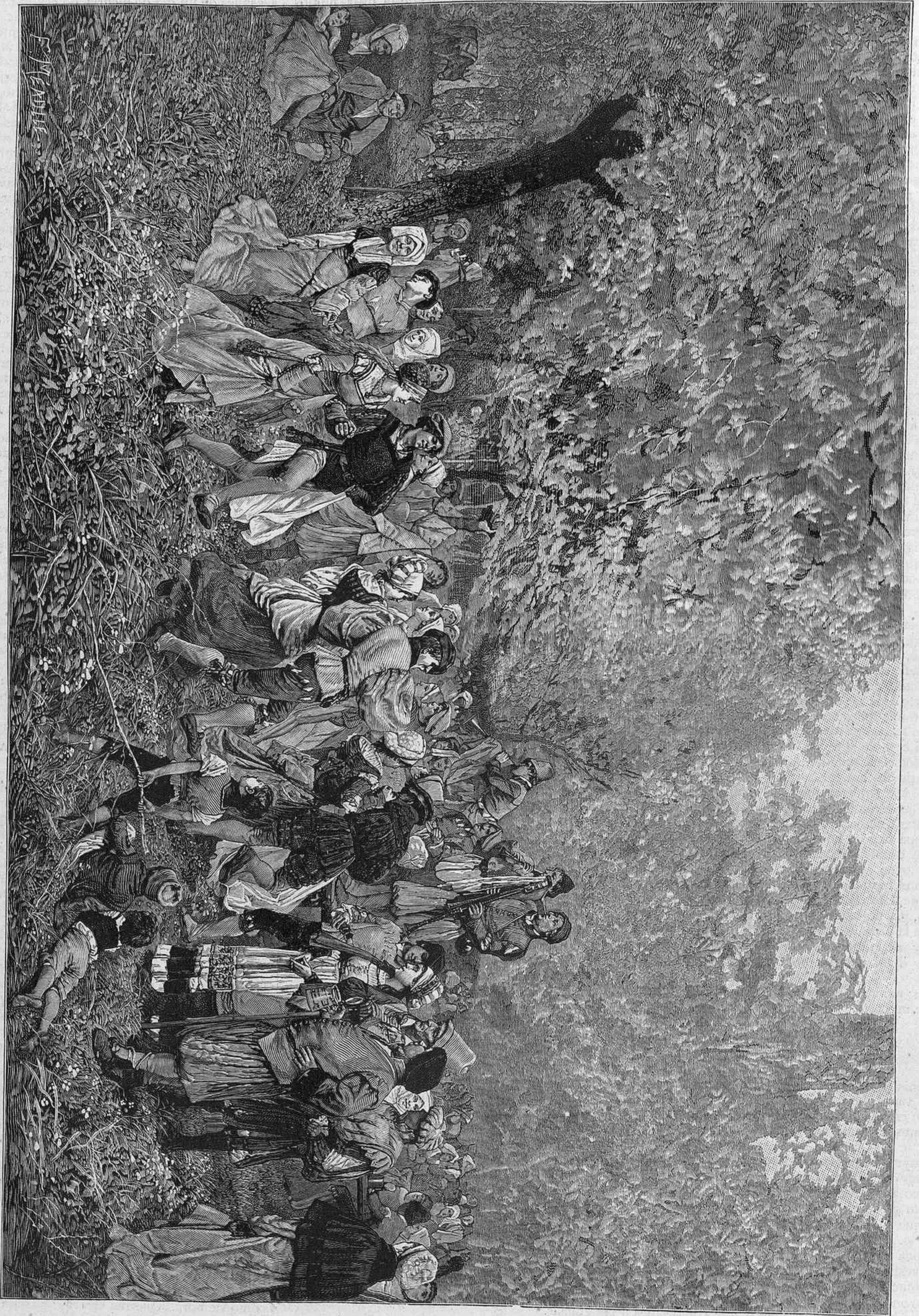
Aclararé estas oscuridades. No tengo gusto para nada que no se refiera al deseo íntimo de mi corazón: deseo estar sola para gozar con el pensamiento: no duermo toda la noche, porque una parte de ella se me pasa en deliquios que se parecen á sueños felices: mis ojos á veces se humedecen de llanto, que es como un rocío del corazón.

Una frase te explicará estos enigmas. He vuelto á verle.

La otra noche, cumpleaños de mi tía, fuí, casi por fuerza, al teatro de San Fernando, en donde desde hace pocos días actúa una compañía de verso. El corazón es un mudo que no dice nada; pues si no, cuando me vestía de tan mala gana, esperando pasar una noche aburrida, el mío me hubiera revelado algo.

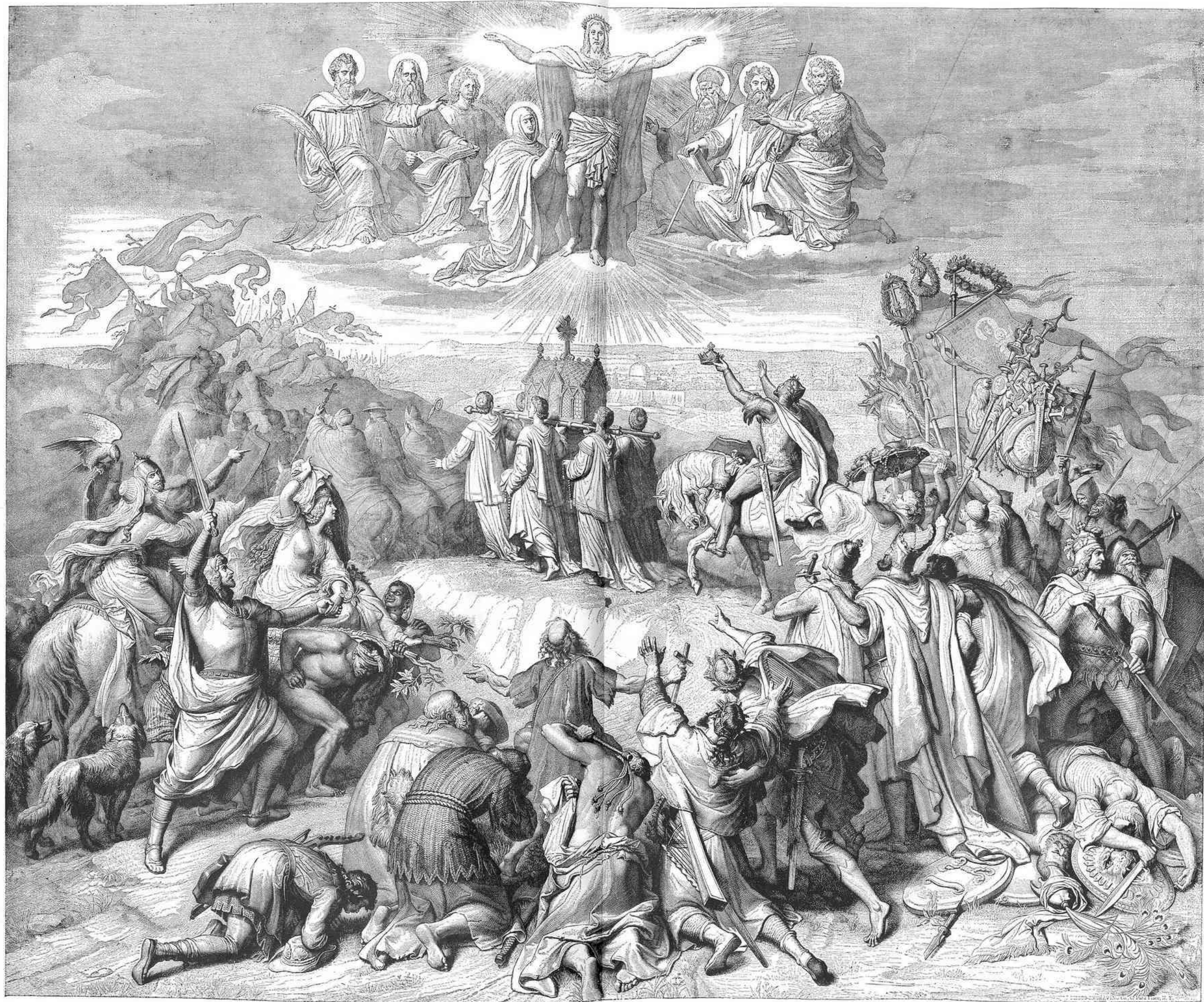
Llegó el primer entreacto. Yo miraba con distracción hácia todas partes, porque mi pensamiento estaba léjos de allá, cuando hé aquí que en la entrada de las butacas aparece un caballero, que se detiene un instante y luégo se adelanta con lentitud; le miro, mi vista se turba durante un momento; pero la nube se desvanece, y le veo: era él, el jóven de la Catedral, tan simpático, tan elegante, tan pálido como siempre. ¿Querrás creerlo?; pasada la primera impresion, sentí hácia él un movimiento de enojo por lo mucho que me ha hecho sufrir; así es que cuando llegó frente á nuestro palco, creo que me saludó y yo no le contesté.

Yo estaba con nuestras vecinas, las señoras de Manrique, á quienes conoces. Un hermano de éstas



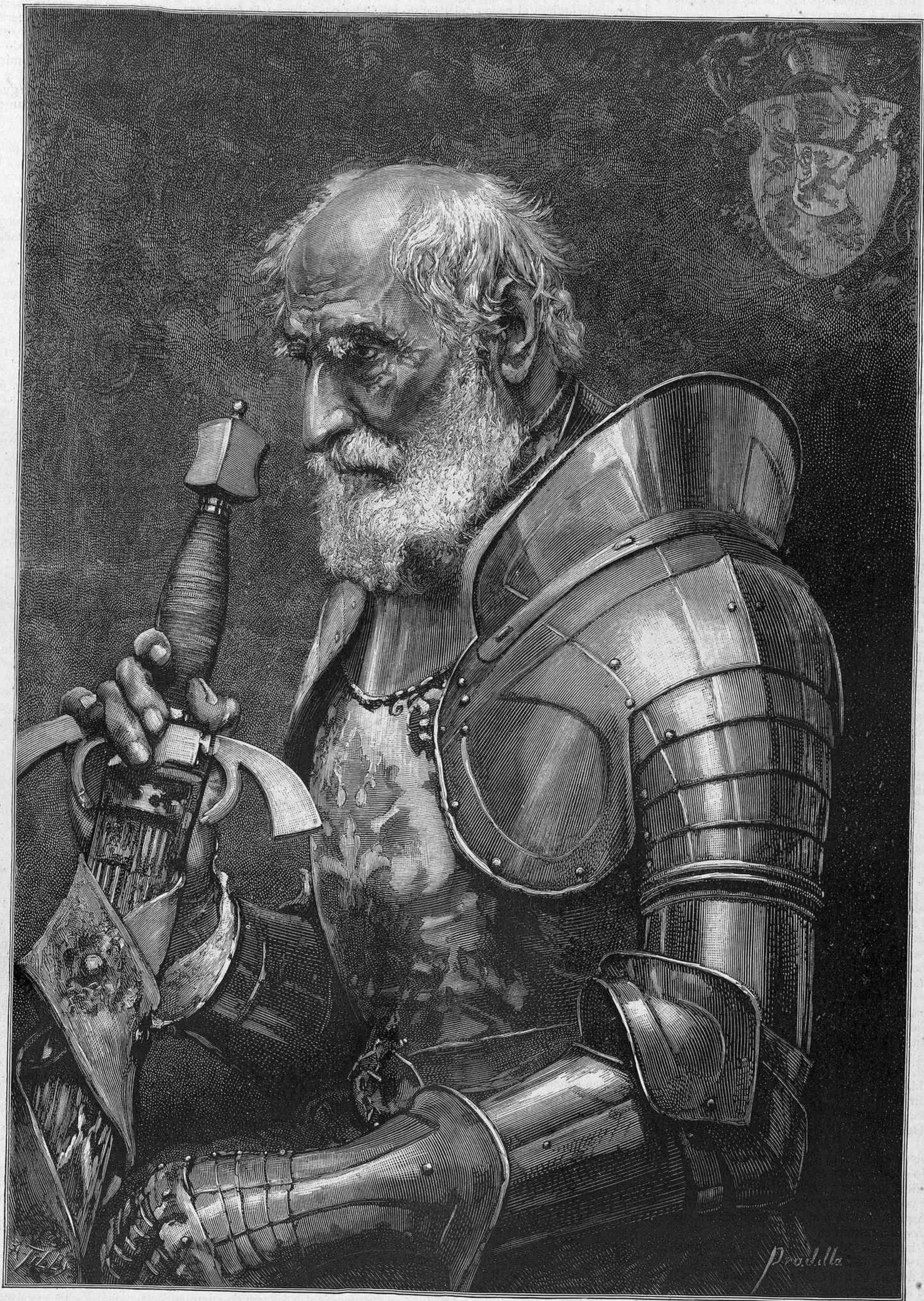
UNA ROMERIA EN LA EIDAD MEDIA, copia de un cuadro de A. Maure





LOS CRUZADOS ANTE LOS MUROS DE JERUSALEN (POR G. KAULBACH)





HOMBRE DE ARMAS DE OTROS TIEMPOS, copia de una acuarela de Pradilla



se hallaba en el pasillo de las butacas y se adelantó á saludar á Beltenebros; será la última vez que le llame así, porque ya sé su nombre. Comenzó el segundo acto: Beltenebros se sentó en una butaca y Manrique vino á nuestro palco.

Durante la representación, apenas pude reprimir mi impaciencia. Hacían una cosa mitad drama mitad comedia, llena de pensamientos falsos y de situaciones estúpidas, que aún estando tranquila me hubiera aburrido; de suerte que, como comprenderás, miré lo menos posible *hacia* la escena.

Cuando acabó aquel interminable acto, pregunté á Manrique con la mayor naturalidad posible:

—¿Es forastero ese jóven á quien usted ha saludado ántes?

—¿Cuál?

—Ese que está en la cuarta fila, que ahora mira *hacia* aquí.

—¡Ah! ya. Luis de Aguilar. No: hace tiempo que su familia reside en Sevilla.

—Como no le he visto en ninguna parte....

—No tiene nada de particular; ha estado viajando y desde que ha vuelto hace una vida muy retirada. Es algo excéntrico.

—¿Está enfermo?

—El no; su madre, que es ya anciana. El pobre Luis, que la quiere mucho, apenas se separa de su lado.

Ahora se ha pasado tres meses en Villaverde del Río, en donde tienen una hacienda.

—¿No tiene mas familia que su madre?

—Allegada, no.

No quise hacer más preguntas á Manrique, por no *descubrirme*. La ausencia que tanto me había contrariado, estaba explicada satisfactoriamente.

Omito un sinnúmero de incidentes de corazón, por no fastidiarte, y sólo te indicaré los inauditos esfuerzos que tuve que hacer para *estar conveniente* y *refrenar* mis ojos. No obstante, cuando, terminada la representación, Aguilar se puso en pié, yo no pude menos de mirarle con alguna insistencia, esperando su saludo para devolvérsele; pero él se limitó á mirar *hacia* nuestro palco y permaneció en el teatro despues de salir nosotras.

Ahora bien, dirás, de todo esto se deduce que tú te ocupas de Aguilar más de lo regular y que él no siente el más mínimo interés por tí. Creo que te equivocas, Eugenia mía: mi corazón *mudo* ántes de venir al teatro, ahora trina el canto más hermoso del mundo: el del amor recíproco.

Adios: no obstante tu belleza y tus alamedas de Carabanchel y tus cacerías á Argete y á las Navas, y tu *poney* inglés, me parece que voy á ser más feliz que tú.—BLANCA.

Sevilla 29 de setiembre

Eugenia mía de mi alma: estoy loca de alegría y mi pluma vuela al escribirte: tanto es el deseo de que participes de mi satisfacción.

No quiero darte de golpe la noticia; voy á imitar á los novelistas que saben llenar papel y excitar la curiosidad.

Si saltas una sola línea de esta carta, serás una pérfida.

Lée y envídiame.

Anoche, despues de dos ó tres dias de ausencia, fuimos á la tertulia de la Marquesa de la G.... Cuando entramos habia ya bastante concurrencia, y la conversacion interrumpida por causa de nuestra llegada, continuó al parecer en el mismo tema.

—Pues no debe ser tan retraido,—dijo la Marquesa.—Un jóven tan amable merece, no sólo que se le admita en todas partes, sino que se le busque.

—Tiene un carácter muy particular,—observó Manrique, el hermano de nuestras vecinas, que se hallaba presente.—En el extranjero no sé; pero en Madrid, en el poco tiempo que estuvo hizo la misma vida.

Al oír estas palabras sentí latir violentamente mi corazón.

—¿De quién se trata, Marquesa?—preguntó mi tia.

—De un jóven muy distinguido que me fué presentado anoche, llamado D. Luis de Aguilar.

Yo debí ponerme pálida ó encarnada, ó verde, qué sé yo. Afortunadamente nadie me miraba.

—¡Aguilar! ¡Buen apellido!—dijo mi tia, que está algo *picada* de nobleza.

—Y buena fortuna y buena figura y buena educación, y buen todo,—añadió Manrique.

—¡Lástima es que tenga esas rarezas!—observó uno de los concurrentes.

—Es verdad,—dijo Manrique,—por eso me extrañó sobremanera su deseo de ser presentado aquí. Es más, me ha dado que pensar....

—¿Qué?—preguntaron algunas voces en coro.

—Aquí vienen las muchachas más lindas de Sevilla y pudiera ser....

—¿Que esté enamorado de alguna?—preguntó sonriendo la Marquesa.

—¡Quién sabe! Luis hace ya tiempo que está en Sevilla y no ha mostrado interés por ir á ninguna parte, ni siquiera al paseo del Río; yo me le he encontrado algunas tardes á caballo y solo, en Tablada ó por los alrededores de la ciudad. ¿No tengo, pues, razon para admirarme de su entrada en el mundo?

—Sin duda,—dijo mi tia.

—Y como Luis no es ambicioso, ni necesita buscar relaciones, sospecho que viene aquí con intenciones hostiles.

—¡Ea! niñas,—exclamó la Marquesa en tono chancero, dirigiéndose á las jóvenes que estábamos presentes,—que la que sepa algo lo diga; no la interesada; pues ya comprendo que no puede ser, sino alguna otra.

Todas permanecieron silenciosas. En cuanto á mí ya comprenderás que hubiera querido sepultarme bajo siete estados de tierra, y pedí á Dios que Manrique no se acordara de las preguntas que le hice en el teatro, respecto á Aguilar.

Afortunadamente aquél, dijo una cosa mucho más agradable para mí, puesto que mirando *hacia* la puerta del salon, exclamó:

—¡*Ecce homo!*

Un caballero acababa de presentarse.

Era Aguilar.

Su entrada produjo gran sensacion: hubo cuchicheos reprimidos y miradas todo lo escudriñadoras que permite la buena educación.

Yo bajé los ojos, pero le veia.

Aguilar se adelantó modesta y desembarazadamente, saludó á la Marquesa, dió la mano á Manrique y se sentó enfrente de mí.

Mi tia, que es muy corta de vista, se puso los anteojos y me dijo:

—Me parece que he visto á ese jóven en alguna parte.

—¡Qué pálido es!—murmuró una señora de edad, que se hallaba cerca de nosotras,—debe estar enfermo del pecho.

Estas palabras me causaron una impresion dolorosa.

¿Te acuerdas de esta frase de una de mis cartas? *Sólo un espíritu serio, en un corazón jóven, podrian fijar mi eleccion*; pues bien, Aguilar posee estas cualidades, y por eso yo, que las adiviné, le he elegido desde el primer dia que le ví. Te digo esto, porque, momentos despues de su llegada, la conversacion se hizo general y Aguilar lució en ella su talento fino y observador. Ha viajado mucho, y su palabra fácil y brillante sin pretensiones, está llena de interés.

Yo sin mirarle le oia embebecida.

La Marquesa le preguntó por su madre, y al oírle hablar de ella, comprendí la nobleza de su corazón.

Pero ¿te mira? ¿has notado en él alguna señal de preferencia? me preguntarás.

¡Curiosilla! quiero castigarte con mi silencio. Adios.—BLANCA.

(Continuad)

## LOS MUEBLES EN LA EDAD ANTIGUA

POR D. FRANCISCO GINER DE LOS RIOS

(Conclusion)

Los *vehículos* (sobre todo, los que servían para trasportar á las personas y que hemos colocado inmediatamente al lado de los muebles para acostarse, reclinarse y sentarse) eran ya muy variados en Roma. Una señal de la trasformacion gradual de la silla en coche, se halla en el uso romano de colocar un asiento sobre dos varas, convirtiéndolos de esta suerte en una especie de palanquin, análogo á la silla en que llevan todavía al Pontífice romano en ciertas solemnidades; la silla curul tomaba su nombre de que se la colocaba en el carro (*currus*) de los magistrados que tenían derecho á usarla. Las sillas montadas de este modo engendraron las de manos; los lechos y sofás colocados en igual forma, las diversas clases de literas. Entre aquellas, la principal era la *sella gestatoria*, diferente de la de los Papas, aunque denominada de idéntica manera; servía principalmente á las damas y consistía en un asiento colocado en una caja más ó menos abierta, cubierta por encima y llevada á hombros por dos ó más sirvientes. En la *blasterna* y la *lectica*, por el contrario, la persona iba tendida ó recostada sobre un lecho con almohadones: dos caballerías, una delante y otra detrás, sobre las cuales descansaban las varas, trasportaban la primera. La *lectica*, destinada al principio tan sólo para las mujeres, pero extendida luego, á causa de la general molicie, á ambos sexos, era un lecho, de cuyos cuatro ángulos subían cuatro soportes verticales, que sostenían un techo ó dosel forrado exteriormente de cuero, y del cual pendían

grandes cortinajes, que podían correrse y descorrerse y que á veces se reemplazaban por costados macizos con ventanas cerradas por hojas de mica, en oficio de vidrios. Segun el mayor ó menor lujo del dueño, la *lectica* era llevada por dos, cuatro, seis y hasta ocho esclavos; y estos vehículos se generalizaron de tal modo, que en ciertos sitios habia estaciones ó paradas de literas de alquiler, al modo de las de nuestros coches de plaza, y que se denominaban *castra lecticarium*.

Dejando á parte los carros de labranza y de guerra, por su especialidad, mencionaremos rápidamente los vehículos destinados al transporte de mercancías. Tal era, en primer término, el *arcuma*, el más sencillo de todos, formado por un tablon plano montado sobre dos ruedas y con una lanza para los dos animales que lo arrastraban. Cuando el *arcuma* tenia grandes dimensiones, las ruedas macizas y sujetas al eje, que giraba con ellas, y una baranda de madera, análoga á la de nuestras carretas, constituía el *plaustrum*, tirado por bueyes. El *plaustrum majus*, como el nombre lo dice, era todavía más grande y tenia cuatro ruedas; miéntras que, por el contrario, el *plostellum* era un carro de igual forma, pero mucho más pequeño, con dos ruedas, arrastrado por bestias menores, y hasta por cabras; el *sarraco* (*sarracum*) era un plastro cerrado todo alrededor, excepto por delante. Semejantes á éste eran el carro (*currus*), que venia á ser como los nuestros: una caja abierta sólo por arriba, y el camulco (*chamuleus*), especie de carromato. El *clabulare* tenia el fondo encorvado y recordaba la forma de una teja con la concavidad *hacia* arriba; pero no era macizo, sino de enrejado.

Los carruajes ó coches, destinados al transporte y comodidad de las personas, pueden reducirse en Roma á dos tipos: abiertos y cerrados; siendo los primeros por lo comun los de más lujo, y sirviendo los segundos principalmente para viajar. Entre estos, debemos mencionar la *arcera*, que era una especie de arcon grande, usado ya en tiempo de las XII Tablas, con cuatro ruedas, cubierto exteriormente de tapices y destinado á trasportar á los enfermos, que iban dentro tendidos sobre almohadones, por todo lo cual venia á ser una *lectica* montada sobre ruedas; el *carpentum*, de origen etrusco, con dos ruedas, tirado generalmente por bueyes ó mulas, cubierto con un toldo redondo y muy semejante á nuestros carros de violin ó á las tartanas antiguas de Valencia; la *rheda*, en todo análoga á nuestras galeras, es decir, que se reducía á un *carpentum* mayor y con cuatro ruedas, empleado para conducir á familias enteras, con sus equipajes; y el *pilentum*, de dos ó de cuatro ruedas, y que parece haber sido el único carruaje de lujo cubierto: usábanlo las matronas en los dias de gala, era sumamente alto, pintado, dorado, esculpido y adornado con almohadones y cortinajes. En cuanto á su forma, los autores no están contestes. Algunos (1) apoyándose en una medalla de la emperatriz Faustina, lo convierten en una especie de templete, sumamente elevado y donde parece imposible tuviese dama alguna la pícara ocurrencia de sentarse; pero otros (2), que apelan á los relieves de las columnas de Teodosio en Constantinopla, creen era un carro rectangular, con los costados algo elevados, un pálio sostenido sobre ellos, al modo de nuestros *breaks*, una puerta abierta á cada lado para entrar en el coche y dejar ver á las damas que lo ocupaban, un asiento en cada testero y un taburete entre ambos, más bajo y semejante á los que vemos en las carrozas de los siglos XVII y XVIII.

Los carruajes descubiertos, si se exceptúa la *ben-na*, especie de ceston de mimbres, con cuatro ruedas y destinado á llevar mucha gente, son todos coches de lujo. El *currus* era, como el *arma* griego, un pequeño carro, con dos ruedas pequeñas tambien, colocadas sumamente distante del frente, cerrado por los lados y por delante, y que dejaba detrás un espacio abierto, suficiente apenas para dar entrada á las dos personas que, cuando más, conducía, é iban en él de pié; estos carros se usaban en las carreras del circo y se llamaban *biga*, si llevaban un par de caballos; *triga* y *quadriga*, respectivamente, si llevaban tres ó cuatro. Neron iba á los juegos hasta con diez caballos, siendo esta una de sus menos graves habilidades. El *cisium* y el *essedum*, equivalentes á nuestras calesas ó á la *car-ratella* de Nápoles, tenían la caja colgada, dos grandes ruedas, capacidad para una sola persona y servían á veces por su ligereza para correr la posta, conocida ya de los romanos, que establecian los relevos en sus magníficas vías. Todos estos coches se decoraban espléndidamente; pero los más suntuosos eran la carroza (*carruca*) y el carro triunfal

(1) Rich, 485.

(2) Hungerford cx., cv.

(*carrus triumphalis*). Aquella, montada sobre cuatro ruedas y arrastrada por mulas ó bueyes, nació en la época imperial, cuando llegó á su apogeo la magnificencia en las artes suntuarias, que la decoraron con primorosas esculturas y pinturas, con placas de marfil, bronce y oro. El carro triunfal puede compararse—y perdone el lector la vulgaridad—á una soberbia tinaja, con toda clase de adornos y preciosidades, pero tinaja al fin, montada sobre dos ruedecitas, arrastrada por gran número de caballos y aún por elefantes y otros animales bravíos; dentro de ella iba el general victorioso, de pié y en una posición de comodidad bastante dudosa.

Las mesas de los romanos tenían, ora un pié (*monopodium*), ora tres, cuatro y aún cinco. Las principales, según sus formas y objeto, eran las siguientes: 1.º las que podríamos llamar de adorno, especialmente usadas como muebles de lujo, y entre las cuales se debe citar la mesa *delphica*, llamada así por recordar las formas del célebre trípode de Delfos y que constaba como éste de tres piés, aunque en vez de asiento sostenía un tablero, por lo general de mármol ó bronce, materiales de que á veces estaba hecha la mesa entera; 2.º, las consagradas á fines religiosos, como la *sacra*, que equivalía á nuestros altares, era de metales preciosos y servía para colocar sobre ella las ofrendas ante las imágenes de las divinidades; y la *anclabris*, á que imitan algunas de las mesas de costura del estilo neoclásico, compuestas de dos pisos, el superior de los cuales era algo cóncavo; 3.º, la mesa para comer (*mensa*), que al principio era cuadrada ó rectangular, cambiando luego esta figura en redonda y conservando sólo la antigua para los soldados en el campamento; el *cilibantum*, sostenido por tres piés, servía para colocar los vasos y demás vasijas para beber; 4.º, las mesas de aparador, donde se exponía la vajilla, y que si tenían dos tablas, llevaban el nombre de *abacus*, y cuando formaban consola y eran de mármol, el de *cartibulum*; 5.º, las de cocina, para preparar los alimentos ó poner á escurrir la vajilla (*urnarium*); 6.º, las mesas de los vendedores, equivalentes á las de hoy, á nuestros mostradores, etc.; debe citarse especialmente entre éstas la *mensa argentaria*, banco de los cambistas, análogo á los de los modestos industriales que en nuestras plazuelas suelen ejercer estas funciones con las criadas que van á la compra. Sabido es que, de estos bancos, donde los genoveses, venecianos y florentinos, tan célebres comerciantes en la Edad media, colocaban la moneda para esta clase de negocios, siguiendo la tradición romana, vinieron los nombres de banca, banquero y bancarota; este último, fundado en el hecho de mandar romper dicho mueble á aquel comerciante que no podía hacer frente á sus compromisos, prohibiéndosele el ejercicio de su profesión.

Concluyamos esta parte con advertir que el lujo en las mesas fué tal, que alguno de estos muebles llegó á valer cerca de un millón de reales de nuestra moneda (1).

También, afortunadamente, poseemos en el Museo de Reproducciones un ejemplar de mesa romana. Es la copia de un *monopodium* ó veladorcito de



JARRON DE BRONCE, construido por D. Francisco de P. Isaura

bronce, hallado en Pompeya en 1864 y perteneciente hoy al Museo Nacional de Nápoles. El tablero, rectangular, de 0<sup>m</sup>,25, por 0<sup>m</sup>,50, es de mármol y está montado de modo que puede girar sobre el pié; éste figura una columna contra la cual se apoya una Victoria, de pié sobre un globo embutido en plata, con medias lunas; en la mano derecha tiene un trofeo, y la columna acaba en una cabeza (1). Su altura es de 0<sup>m</sup>,80.

Debemos citar otro mueble cuya reproducción puede verse en este mismo Museo. Es un brasero, montado sobre un trípode, de bronce. Cada uno de los piés termina abajo por una pata de perro, y arriba en una esfinge con alas, abiertas hácia arriba, saliendo de su espalda un adorno que sostiene el brasero, cuyo borde exterior está á su vez decorado con calaveras de buey y festones en relieve (2). Procede de Herculano; hoy se halla en el Museo de Nápoles, á donde han ido á parar casi todos los tesoros de las dos célebres ciudades. Su altura es de 0<sup>m</sup>,80.

Los muebles para guardar objetos pueden distinguirse en dos géneros cardinales; el *armario* y la *caja*, entre los cuales caben luego multitud de grados intermedios. A la primera categoría, pertenecían en Roma varios tipos. Los romanos, según parece, no guardaban sus trajes en cofres, sino en roperos ó en cuartos especiales con perchas; los primeros

(*armaria*) estaban por lo común fijos en la pared; á otros más pequeños y móviles, destinados á libros, llamaban *foruli*, y, cuando tenían departamentos, *loculamenta*. En cuanto á las habitaciones donde se colgaban los vestidos, se comprende su imperiosa necesidad en casos como el del célebre y nunca bien ponderado Lúculo, que, según Horacio, tenía nada menos de 5,000 trajes para sus representaciones dramáticas; si bien Plutarco reduce este número á proporciones menos imponentes. El *viscus* era el mueble que servía para conservar los vestidos de las mujeres; y el *muscarium*—probablemente análogo á nuestros armarios de repostería, que los italianos llaman *moscainole*,—el que preservaba de las moscas, como la palabra lo indica, á los manjares.

Pasando al otro tipo, el *arca*, designaba lo mismo que entre nosotros, incluso en la acepción de caja de caudales; de estas últimas se ha hallado en Pompeya un hermoso ejemplar en forma de prisma rectangular, colocada horizontalmente sobre dos pedestales de mármol, revestida; por dentro, de placas de hierro, y por fuera, de bronce y toda adornada con mucho gusto. La *capsa* era una caja cilíndrica, como el *scrinium* (el *écriin* francés proviene de aquí), del cual se distinguía, tanto por su destino, como por la forma de la tapa. La primera servía para guardar los libros ó volúmenes, ya á fin de colocarlos en las bibliotecas, ya de llevarlos consigo, y era de haya, tenía cerradura y tapa plana; mientras que el segundo, de tapa cónica é interiormente dividido en departamentos paralelos y verticales, se usaba muy principalmente para encerrar perfumes y otros varios objetos del tocador de las damas. Análogo á este mueble era el *loculus*, que significaba, ora una especie de neceser (ya de *toilette*, de escribir, etc.), ora toda caja compartida en

huecos especiales; al paso que la *theca* equivalía tal vez á nuestros estuches. Pero la caja más rica y adornada era la *pyxis*, ó guarda joyas. Solía hacerse de boj, en los primeros tiempos; pero luego se emplearon en ella otras maderas más preciosas, el marfil, la plata y el oro, decorándola con relieves de mayor mérito y dedicándola á presentes de lujo, en que desaparecía casi por completo su propio destino; así, por ejemplo, Nerón ofreció á Vénus una *pyxis* adornada con piedras preciosas y que contenía... ¡nada menos que su barba! hasta entonces intonsa. De esperar es que la diosa, á pesar de la tierna adhesión de su devoto, estimaría harto más el continente que el contenido.

Tales son en resumen las principales piezas del mobiliario romano. Después de éste, la preponderancia del imperio de Oriente llevó el influjo bizantino á todas partes; de la combinación de ambos elementos con las necesidades y costumbres de los pueblos bárbaros, apoderados del Occidente de Europa, nacieron los tipos románico y ojival; tras de estos, apareció en los muebles el gusto del Renacimiento, al cual siguió después el greco-romano, tan severo. Al período churrigueresco y barroco, se deben importantes modificaciones en los muebles, por lo que respecta á la comodidad—señal evidente de que, aún las decadencias, dejan siempre algún fruto y sirven á la edificación de la historia,—y el estilo neoclásico, que engendraron las ideas del siglo XVIII y llevó á su apogeo el gobierno del primer Napoleón.

(1) Hungerford.

(1) Riaño, *Catálogo*, p. 112.  
(2) *Ib.*, *ib.*

se sostuvo en boga medio siglo, hasta ceder el puesto, á su vez, á la reaccion romántica en pro de la Edad media, reaccion que ha dejado sus huellas también en los muebles. Hoy, estos, siguiendo siempre el gusto dominante, ya en la Arquitectura, por lo que concierne á sus formas generales, ya á la Escultura y demás artes, en su decoración, vacila entre la imitación de los antiguos tipos, especialmente el clásico, que también renace un tanto en el vestido de la mujer, y el estilo sin color y sin carácter propio del eclecticismo artístico del período contemporáneo. Las nuevas ideas engendrarán, sin embargo, nuevo arte allá en su día, y de él nacerán asimismo nuevos muebles, más conformes á las necesidades de la civilización que ahora comienza.



EL DESAFIO, copia de un cuadro de S. Waller

#### NOTICIAS GEOGRAFICAS

En el golfo de California, cerca de la costa mexicana, á 28 millas al noroeste del Cabo de Lobos, se han descubierto riquísimos criaderos de guano en una isla cuya superficie mide unas 16 millas cuadradas.

\*\*

El día 4 del pasado mayo se inauguraron con gran solemnidad los trabajos de apertura del istmo de Corinto. Los reyes de Grecia se trasladaron al punto designado á bordo de la fragata de vapor *Hellas*, acompañados de numeroso séquito, y al llegar á Calamaki, empezó la ceremonia arrancando el rey Jorge una paletada de tierra con una paleta de plata que le presentó el metropolitano Turr. En seguida la reina se acercó á la batería eléctrica preparada de antemano, y tocando un botón transmitió la

chispa eléctrica á 40 barrenos llenos de dinamita, cuya explosión lanzó á los aires enormes trozos de roca.

En la pequeña zanja á donde se echó la paletada de tierra desprendida por el rey, se elevó una columnita con la inscripción siguiente: «El 4 de mayo del año de gracia de MDCCCLXXXII, en el año XIX del reinado de Jorge I, rey de los helenos, en presencia del rey y de la reina, de los ministros y de las autoridades del Estado, se inauguró la apertura del istmo, concebida en la antigüedad, y que debe ejecutarse con la ayuda de Dios en el transcurso de este siglo bajo los auspicios del filheleno Estéban Turr, para el desarrollo de las comunicaciones y la fraternidad de los pueblos.»

#### NOTICIAS VARIAS

Bien puede decirse que los norte-americanos para ganar dinero en la industria pesquera no temen mojarse

casi la igualan en esta industria, sólo que en aquella se fabrican más relojes de bolsillo, y en estos, de sobremesa y de pared. Se calcula en 1.600,000 los relojes de bolsillo que anualmente se construyen en Suiza, y su valor en unos 87 millones de pesetas; mientras los Estados Unidos producen anualmente 2.700,000 relojes de sobremesa y de pared por valor de 70 millones de pesetas, sin contar los de bolsillo que arrojan un valor anual mínimo de 20 millones de pesetas.

Las cantidades que construyen anualmente Francia, Inglaterra y Alemania se estiman en 37.500,000, para la primera, y en 25 millones de pesetas para cada uno de los dos últimos países.

Respecto al mérito de los productos se distinguen los relojes norte-americanos é ingleses por su mayor solidez y exactitud, los franceses por su mayor ligereza y gusto artístico, y los suizos por su mayor baratura.

los dedos, es decir, invertir en ella su dinero y su trabajo. Sólo en la pesca de ostras hay empleado, según la dirección de estadística de Washington, un capital total de explotación de más de 30 millones de pesetas, y ocupadas 52,805 personas, 4,155 buques y 11,930 lanchas.

El resultado de todo representa 22 millones de fanegas (bushels) de ostras que cuestan aproximadamente 45 millones de pesetas, y producen 70 millones en la venta, lo que da un beneficio total y limpio de 25 millones de pesetas, ó sea, un 55 %; por supuesto, repartido entre un crecido número de grandes y pequeños industriales.

\*\*

FABRICACION DE RELOJES.— Estímase el valor total de los relojes que se fabrican anualmente en 312 millones de pesetas. En el día es la Suiza quizá todavía el país que produce mayor cantidad, aunque los Estados Unidos



LOS TIRADORES DEL SENA, copia de un cuadro de Berne-Bellecourt

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMON